

## Comentari

**RUIZ, M.** (1999): *Los límites de la educación*. Madrid: Unisón

**Capítol 11:** "Motivación y autoestima" (pp. 165-173)

---

Acercarse a un colegio es sumergirse en un discurso permanente entre los conceptos de motivación y autoestima. En la actualidad, estos dos conceptos son el comodín que ayuda a explicar cualquier problema relacionado con la enseñanza. Es frecuente oír: "No estudia porque no está motivado" o "Esta temporada tiene un poco baja la autoestima".

Motivación y autoestima son aspectos muy importantes en la vida infantil y juvenil, pero – por el modo en que son tratados – están resultando ser una de las causas de los problemas del mundo escolar.

La motivación y la autoestima ayudan a explicar la totalidad de los comportamientos de los muchachos. Se usan para todo y en toda circunstancia. Cualquier problema de aprendizaje estará relacionado con alguno de estos dos conceptos. Un problema de conducta será explicado a través de la escasa motivación que el centro escolar proporciona al alumno. Cualquier problema de la vida privada del niño, se diagnosticará como un periodo de baja autoestima causado por una actitud errónea de maestros y padres.

Algo que motiva se hace equivaler a algo que divierte; otras veces la motivación es un mecanismo externo y ajeno al sujeto, que determina sus conductas sin que éste pueda hacer nada por intervenir. Como conclusión, el chico está bajo el dominio de los deseos (que exigen una satisfacción) o bien supone una mecánica externa cuya posibilidad de control le está negada (algo que determina sus acciones sin que ni él ni nadie puedan hacer nada para evitarlo). Aunque parezcan dos maneras de afrontar la situación, en la práctica educativa son idénticas: ambas nos hablan de un modelo de hombre, de alumno, y de la falta de control de las propias circunstancias. Se nos propone la determinación mecanicista de la conducta humana. Hablar sólo de los motivos del hombre es hablar de todo el hombre. El concepto de sujeto queda muy limitado: "se explica en función de una variable, la motivacional, y se niega la entrada a otras variables y aspectos cuya colaboración es imprescindible para explicar la conducta humana".

El uso de estas concepciones en el mundo escolar lleva a considerar al alumno un sujeto pasivo, sin capacidad de decisión, que sólo ofrece una respuesta mecánica a los estímulos. Muchos profesionales y padres piensan que, si el niño no realiza una tarea, no hay nada más que esperar. Así pues, hasta que llega la madurez el maestro dedica el tiempo a impedir que el alumno conozca mundos diferentes a aquel en el que se desarrolla su experiencia diaria. Buscar en la cotidianidad del alumno los elementos motivadores que consigan desbloquear la situación suele dar como resultado el aburrimiento. Si el bloqueo del aprendizaje es afectivo, sobretudo en circunstancias lesivas (violencia familiar, alcoholismo...), extraer elementos motivadores de su entorno se convierte en una tarea ímproba. Sólo cuando haya soltado el lastre de la rutina cotidiana, la escuela podrá resultar motivadora para el alumno.

Un alumno que viva una situación conflictiva encontrará en sus profesores comprensión, consuelo, e incluso una vía de acceso a ayudas del tipo de la asistencia social.

Desafortunadamente, sin embargo, esta actitud derivará fácilmente hacia un "paternalismo": dispensarle de las exigencias académicas, permitirle conductas que a cualquier otro alumno se le reprenderían, etc. Entender sus motivos ha conducido a justificar sus comportamientos. El muchacho permanece entonces amarrado a un problema, y va a seguir condicionado por él de modo permanente, en lugar de contrastar su realidad con otras realidades posibles. Ofrecerle otras realidades – nuevos intereses y motivaciones – sólo es posible con un profesorado que aceptara que: a) los contenidos de la enseñanza pueden ser motivadores en sí y por sí mismos, que son creadores de intereses y curiosidades; y b) los motivos no son los que nos han sido dados para siempre: motivos, afectos y valores se pueden crear y transformar mostrando nuevas metas.

Rechazar el modelo mecanicista: los maestros han de ofrecer el más alto nivel de contenidos académicos y exigirles en función de ello. Desarrollar la inteligencia y la voluntad parece un buen procedimiento para estructurar la propia personalidad.

Para mejorar la autoestima del alumno hemos de analizar el antes y el después, Es decir, si un alumno ha mejorado dentro de sus posibilidades (por ejemplo, si en educación física, al acabar

el trimestre, aguanta más la resistencia), hemos de comunicárselo. La autora finaliza este capítulo destacando que “todos trabajamos para obtener premios y no para evitar castigos, y el premio básico que todos buscamos es el orgullo de nuestra autoestima”.

Menchu Asensio